

El señor Moutonnet, mercader de paños en San Germán en Laye

Después de haber dirigido Dubois una rápida mirada á los soldados, que continuaban bebiendo, se adelantó hacia el tabernero que estaba paseándose entre los banquillos y toneles.

— ¿No es aquí, preguntó aparentando cierta timidez, donde vive el señor capitán la Jonquiere? Desearía verle y hablarle.

— ¿Queréis hablar al capitán la Jonquiere? dijo el dueño del figón examinándole de pies á cabeza.

— Si no hay inconveniente, contestó Dubois, confieso que tendría mucho gusto en ello.

— Pero, ¿es al que vive aquí á quien queréis hablar? volvió á preguntar el huésped, que no tenía á Dubois por el sujeto que la Jonquiere esperaba.

— Así lo creo, dijo modestamente Dubois.

— ¿Uno grueso?

— Sí, señor.

— ¿Que bebe mucho?

— Cabalmente.

— ¿Y que está siempre dispuesto á levantar el palo cuando no se hace al punto lo que manda?

— Ese es, ese es el capitán la Jonquiere.

— ¿Luego le conocéis? preguntó el huésped.

— ¿Yo? no, respondió Dubois.

— ¡Ah! es verdad, porque habéis debido encontrarle á la puerta.

— ¡Diablo! ¿ha salido? dijo Dubois con un movimiento de despecho mal reprimido; mas conociendo al momento la imprudencia que cometía en dejarse llevar de su mal humor, hizo aparecer en sus labios una amable sonrisa.

— ¡Oh! no hace cinco minutos, repuso el huésped.

— ¿Pero volverá sin duda? preguntó Dubois.

— Dentro de una hora.

— ¿Me permitis que le aguarde?

— No hay inconveniente, con tal que toméis alguna cosa mientras viene.

— Dadme guindas en aguardiente, dijo Dubois; nunca bebo vino más que en las comidas.

Los dos soldados se miraron sonriéndose desdenosamente.

El tabernero llevó una tacita que contenía las guindas pedidas.

— ¡Ah! exclamó Dubois, no hay más que cinco. En San Germán en Laye dan seis.

— Bien puede ser, respondió el huésped; pero

no debéis echar en olvido que en San Germán no hay derechos de puertas.

— Es verdad, dijo Dubois; es la pura verdad; no me acordaba de los derechos de puertas: perdonad.

Y se puso, aunque de muy mala gana, á comer poco á poco una guinda; pero á pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, no pudo menos de hacer un gesto de los más marcados.

El huésped, que no perdía de vista uno solo de los movimientos de Dubois, notó aquel gesto, y se sonrió de satisfacción.

— Pero, ¿ dónde habita el valiente capitán la Jonquiere? preguntó Dubois como para entablar conversación.

— Esa es la puerta de su cuarto, contestó el posadero; ha preferido las habitaciones bajas.

— ¡ Ya! murmuró Dubois; las ventanas dan á la calle.

— Sin contar que su cuarto tiene una puerta que da á la de las Dos Bolas.

— ¡ Cómo!; ¡ una puerta que da á la calle de las Dos Bolas! Amigo, esa es mucha comodidad; y el ruido que se hace aquí, ¿ no le molesta?

— ¡ Oh! tiene otro cuarto allá arriba, y duerme unas veces en uno y otras en otro.

— Como Dionisio el Tirano, dijo Dubois, que no podía dejar la costumbre de sus citas latinas ó históricas.

— ¿ Qué decís? repuso el tabernero.

Dubois comprendió que había cometido otra nueva imprudencia, y se mordió los labios. Felizmente uno de los soldados pidió en aquel momento vino, y el huésped, siempre pronto á semejante reclamo, se lanzó fuera de la sala.

Dubois le siguió con la vista: después, volviéndose hacia los dos soldados, les dijo:

— ¡ Vosotros, alerta!

— ¿ Qué hay, paisano? preguntaron los soldados.

— *Francia y Regente*, respondió Dubois.

— ¡ La contraseña! exclamaron á un tiempo los fingidos militares levantándose.

— Entrad en ese cuarto, dijo Dubois señalando el de la Jonquiere; abrid la puerta que da á la calle de las Dos Bolas, y ocultaos detrás de una cortina, debajo de una mesa, de un armario, en fin, donde podáis. Si cuando entre os llevo á ver, os suspendo de sueldo por seis meses.

Los dos soldados vaciaron sus vasos, como hombres que no quieren perder nada de los bienes de la tierra, y entraron inmediatamente en el aposento indicado. Entretanto Dubois, que notó que no habían pagado, echó sobre la mesa una moneda de doce sueldos; después corrió á abrir la ventana, y dirigiéndose á un cochero simón que estaba parado delante de la casa, le dijo:

— Hulismeo, véte con el coche á la puerta que da á la calle de las Dos Bolas, y di á Tapín que suba

cuando yo le haga seña dando unos golpecitos en los vidrios. Ya tiene instrucciones, anda.

Cerró la ventana, y al mismo tiempo se oyó el ruido de un coche que se alejaba.

El huésped volvió con el vino : al primer golpe de vista echó de menos á los soldados.

— ¡ Calla ! dijo, ¿ dónde están esos hombres ?

— Un sargento los ha llamado por la ventana.

— ¡ Y se han ido sin pagar ! exclamó el huésped.

— No tal ; han dejado sobre la mesa una moneda de doce sueldos.

— ¡ Diablo ! ¡ doce sueldos ! repitió el tabernero ; yo no vendo mi vino de Orleáns á menos de ocho sueldos la botella.

— ¡ Ah ! dijo Dubois, sin duda han creído que como eran militares les haríais alguna rebaja.

— En fin, replicó el tabernero, que saliendo todavía ganancioso se consolaba con facilidad : en fin, no se ha perdido todo ; estos chascos no son raros en nuestro oficio.

— Por fortuna, no tendréis que temer nada de eso con el capitán la Jonquiere, repuso Dubois.

— ¡ Oh ! eso sí que no ; el capitán es el *non plus ultra* de los huéspedes ; lo paga todo al contado, sin regatear. Verdad es que jamás encuentra nada bueno.

— ¡ Diantre ! exclamó Dubois ; eso será una manía.

— En efecto, es una manía, habéis dicho muy bien.

— Celebro mucho lo que me manifestáis acerca de la buena paga del capitán.

— ¿ Venis á pedirle dinero ? dijo el huésped : recuerdo que me ha significado que esperaba á uno, á quien debía entregar cien doblones.

— Al contrario, repuso Dubois ; le traigo cincuenta luises.

— ¡ Cincuenta luises ! vamos, es una cantidad regular : entonces no habré entendido bien ; en vez de pagar me diría que tenía que recibir. ¿ Sois por casualidad el caballero Gastón de Chanlay ?

— ¡ El caballero Gastón de Chanlay ! exclamó Dubois con mal reprimido gozo ; ¿ espera al caballero Gastón de Chanlay ?

— Al menos así me lo ha dicho, respondió el huésped, no sin admirarse del calor con que hacía la pregunta el comedor de guindas, que continuaba su tarea con los mismos gestos que un mono comiendo almendras amargas ; con que decidme, ¿ sois el caballero Gastón de Chanlay ?

— No, no tengo el honor de ser noble ; me llamo Moutonnet á secas.

— La nobleza no da ni quita honra ; bien puede uno llamarse Moutonnet y ser hombre honrado, dijo el tabernero con aire sentencioso.

— Sí, Moutonnet, repuso Dubois, apoyando con una inclinación de cabeza la teoría del huésped ;

Moutonnet, mercader de paños en San Germán en Laye.

— ¿Y decís que traéis cincuenta luises para el capitán?

— Sí, señor, contestó Dubois bebiendo conienzudamente el aguardiente después de haberse comido las guindas del mismo modo: figuraos que al registrar los antiguos libros de mi padre hallé en la casilla de las deudas pasivas la suma de cincuenta luises á favor del padre del capitán la Jonquiere. Entonces me puse en camino, y no he descansado un instante hasta que, á falta del padre que ha muerto, he encontrado al hijo.

— ¿Sabéis, maese Moutonnet, repuso el tabernero asombrado de tanta delicadeza, que no hay muchos deudores como vos?

— Los Moutonnet todos somos y hemos sido así de generación en generación; pero también cuando nos deben somos inflexibles. Á propósito de esto, voy á referiros el caso siguiente. Había un sujeto, muy honrado á fe mía, pero que desgraciadamente debía á la casa de Moutonnet é hijo ciento sesenta libras: pues bien, mi abuelo le hizo reducir á prisión, y allí ha permanecido tres generaciones consecutivas, hasta que ha muerto hará unos quince días. Después de liquidadas mis cuentas, he visto que durante treinta años que ha estado preso nos ha costado doce mil libras; mas no importa, se hán sostenido los principios.

— Mas perdonadme, añadió Dubois, que miraba con disimulo á la puerta de la calle, junto á la cual hacía un momento que había visto una sombra parecida á la del capitán: dispensadme que os entretenga con superfluidades que no os interesan. Por otra parte, aquí viene otro parroquiano.

— Vamos, justamente es la persona que esperáis, dijo el huésped.

— ¡El valiente capitán la Jonquiere! exclamó Dubois.

— El mismo. Entrad capitán, continuó diciendo el tabernero, os están esperando.

El capitán no había podido desechar las sospechas que concibiera por la mañana; había visto en la calle hombres que no conocía, caras que le parecieron siniestras. Al volver, pues, á casa lleno de desconfianza, dirigió una mirada investigadora, primero al sitio donde había dejado á los soldados, cuya ausencia le tranquilizó un poco, y después al recién venido, cuya presencia no dejaba de incomodarle. Pero los hombres cuya conciencia no está muy tranquila hallan en fin en el exceso mismo de su inquietud, valor para arrostrar los peligros que presienten, ó por mejor decir se familiarizan con su miedo, y ya no le prestan oído. Además, tranquilizado la Jonquiere á vista de las trazas que presentaba el fingido mercader de paños de San Germán en Laye, le saludó cortesmente: Dubois contestó al saludo con una profunda reverencia.

Entonces la Jonquiere, dirigiéndose al huésped, le preguntó si había ido el amigo á quien esperaba.

— No ha venido nadie más que el señor, contestó aquél, pero no perdéis nada en el cambio de visitas: el uno venía á pedirnos cien doblones, y el otro viene á entregaros cincuenta luises.

La Jonquiere admirado se volvió hacia Dubois, que sostuvo aquella mirada, dando á su rostro toda la expresión de agrado y estupidez de que era susceptible.

El capitán, sin dejarse precisamente engañar, quedó satisfecho de la historia que Dubois le repitió con un aplomo admirable, y aun aquella restitución inesperada halagó su codicia á causa de la pasión immoderada que profesan los hombres á los sucesos imprevistos cuando se trata de cobrar dinero. Por otra parte, la generosa acción de aquel hombre que le buscaba por todas partes para entregarle unos fondos tan poco esperados, ganó su voluntad, y para mostrarse agradecido mandó al huésped que llevase una botella de vino de España, é invitó á Dubois á que pasase á su cuarto.

Dubois se aproximó á la ventana para tomar su sombrero que había dejado en un banco, y mientras la Jonquiere hablaba con el dueño de la casa, dió unos golpecitos en los vidrios.

En aquel momento se volvió el capitán.

— Pero acaso os molestaré en vuestro cuarto,

dijo Dubois, dando á su semblante la expresión más franca y risueña que podía tomar.

— Nada de eso, dijo el capitán; tiene buenas vistas; veremos pasar la gente mientras bebemos, y sobre todo os haré observar las caras tan lindas que hay en la calle de Bourdonnais. Os sonreís, ¿con que no os disgustan las caras bonitas, eh?

— Tal cual, dijo Dubois rascándose las narices distraído.

Este ademán imprudente le hubiera perdido en un sitio menos apartado del Palacio Real, pero en la calle de Bourdonnais pasó desapercibido.

La Jonquiere siguió al tabernero que llevaba las botellas y vasos; Dubois, que iba el último, tuvo tiempo de hacer una seña de inteligencia á Tapin, que se presentó en la sala acompañado de otros dos individuos. En seguida Dubois entró en el cuarto de la Jonquiere, y como hombre bien educado, cerró la puerta tras sí.

Los dos dependientes de Tapin se dirigieron á la ventana y corrieron las cortinas, mientras su jefe se colocaba detrás de la puerta del cuarto de la Jonquiere, de modo que le ocultase cuando se abriera.

El tabernero volvió al momento: había servido al capitán y á maese Moutonnet, y recibido del primero, que pagaba siempre al contado, un escudo de tres libras; iba pues á sentar aquella entrada en su libro y á poner el dinero en el cajón. Pero

no bien hubo abierto y vuelto á cerrar la puerta, Tapin, que le acechaba, le puso su pañuelo en la boca, le bajó el gorro de algodón hasta la corbata, y le llevó como si fuera una pluma á un segundo coche de alquiler que cubría enteramente la puerta. Al mismo tiempo, uno de los corchetes se apoderó de la muchacha que estaba batiendo huevos para una tortilla, y el otro envolvió en una manta al marmitón que tenía el mango de la sartén, y en un momento el tabernero, su hija y su criado, escoltados por los dos individuos, se dirigieron hacia la cárcel de San Lázaro, conducidos rápidamente por dos buenos caballos y un cochero demasiado impaciente para ser simón.

Acto continuo Tapin, con el instinto de un buen agente de policía, revolvió la ropa de un armario que había encima de la puerta de la cocina, y sacó de él un gorro de algodón, una chaqueta y un delantal, con los cuales se disfrazó; después hizo una seña á un espía que estaba en la calle junto á la ventana, entrando éste para transformarse en mozo de taberna. En aquel momento se oyó en el cuarto del capitán un ruido semejante á una mesa que derribaran, botellas y vasos que se rompieran, luego juramentos, después caer una espada al suelo, y por último el más completo silencio.

Al cabo de un minuto hizo estremecer la casa el ruido de un carruaje que se alejaba por la calle de las Dos Bolas.

Tapin, que había prestado oído con ademán inquieto, dispuesto á precipitarse en el cuarto con su cuchillo de cocina en la mano, se enderezó con alegre rostro, y dijo: ¡Bien! ya está todo corriente.

— Ya era tiempo, mi amo, repuso el mozo, pues aquí viene un parroquiano.